

43

Francisco Mata Rosas
Coordinador y compilador

Felipe Victoriano
Editor de textos y compilador



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa















JUSTITIA



OLICIA

PO

43

Francisco Mata Rosas
Coordinador y compilador

Felipe Victoriano
Editor de textos y compilador

Clasificación Dewey: 378.1981 C83

Clasificación LC: LB3610 C83

43 / Francisco Mata Rosas coordinador y compilador ; Felipe Victoriano editor de textos y compilador . -- México : UAM, Unidad Cuajimalpa, 2016. 140 p. ; fot. (principalmente col.) ; 24 cm.

ISBN: 97860728-0941-3

1. Actividad política estudiantil – Aspectos sociales -- Ayotzinapa (Guerrero : México) -- Fotografías. 2. Violencia política en los medios de comunicación -- Aspectos sociales -- Ayotzinapa (Guerrero : México) -- Fotografías. 3. Estudiantes – Crímenes contra – Ayotzinapa (Guerrero : México). 4. Escuela Normal Rural de Ayotzinapa – Estudiantes. 5. Violencia – México – Siglo XXI.

I. Mata Rosas, Francisco, coord. II. Victoriano, Felipe, ed.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Dr. Salvador Vega y León

Rector General

M. en C. Q. Norberto Manjarrez Álvarez

Secretario General

Dr. Eduardo Abel Peñalosa Castro

Rector de la Unidad Cuajimalpa

Dr. Alfonso Mauricio Sales Cruz

Secretario de la Unidad

D.R. © 2016 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa

Avenida Vasco de Quiroga 4871, Col. Santa Fe Cuajimalpa.

Delegación Cuajimalpa de Morelos, C.P. 05348, Ciudad de México (Tel.: 5814 6500)

www.cua.uam.mx

ISBN de este libro: 978-607-28-0941-3

Coordinador editorial: Mtro. Francisco Mata Rosas

Editor de textos: Dr. Felipe Victoriano

Compiladores: Mtro. Francisco Mata Rosas y Dr. Felipe Victoriano

Asistente editorial: Armando Mata Rosas

Diseño y formación: VLA

LA NOCHE DE IGUALA

Eduardo Peñalosa Castro

No puede haber ni habrá resignación, así lo han expresado los padres de los 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural “Isidro Burgos” de Ayotzinapa, Guerrero, desaparecidos el 26 de septiembre de 2014.

De acuerdo con el Informe Anual 2015 del Registro Nacional de Datos de Personas Extraviadas o Desaparecidas, el total de personas desaparecidas o no localizadas del fuero común al 31 de diciembre de 2015 era de 26 mil 898. Entre esos miles se encuentran los 43 jóvenes normalistas de Guerrero.

Más de dos años han transcurrido desde su desaparición. Pasamos el segundo aniversario de los acontecimientos de Iguala, sin que las autoridades puedan ofrecer una versión clara y coherente de lo ocurrido. Han sido meses en los que los familiares de los desaparecidos han pasado por un angustiante y desesperado peregrinar, acompañados de manera permanente por una conciencia nacional que no cesa de preguntar ¿dónde están?

El valor de la universidad reside en su tarea de formar ciudadanos críticos y responsables ante la sociedad. Como institución pública que, por lo tanto, se debe a la sociedad, la Unidad Cuajimalpa de la Universidad Autónoma Metropolitana ha abierto sus puertas a la expresión de la indignación y a la exigencia de respuestas claras con relación a la desaparición de los normalistas ausentes, como una mínima pero obligada necesidad de conocer dónde se debaten y se proponen soluciones a los problemas del país.

El arte ha sido un actor de primer orden en estas expresiones, acaso porque permite un acercamiento humano al sufrimiento y a la conciencia de lo infame de los hechos que se denuncian, acaso porque es un instrumento enérgico para sensibilizar acerca del dolor de los otros y para mostrar una situación que, de alguna manera, nos involucra a todos y ante la que no podemos ser indiferentes.

Son 43 jóvenes que tuvieron –o tienen porque ni siquiera tenemos la certeza de su muerte– un rostro, un cuerpo, familiares, anhelos, tristezas, amor y desamor. Las fotografías que conforman este libro son un obstinado recordatorio de que no se trata de números; un testimonio de la búsqueda de personas y de la exigencia de respuestas oficiales creíbles y verdaderas.

En los textos incluidos en el libro, dolidos, lúcidos y exigentes, se afirma que habrá que replantearnos el sentido mismo de Nación, y se destaca cómo las imágenes muestran la indignación y el reclamo de los mexicanos que toman las calles para exigir respuestas al Estado mexicano. José Reve-

les afirma que las imágenes generan búsqueda de la justicia, sin embargo habla de las que faltan y que pueden arrojar luz sobre lo que verdaderamente ocurrió la noche del 26 al 27 de septiembre de 2014 en Iguala, Guerrero.

Las fotos recopiladas por Francisco Mata forman parte de un álbum nacional –en el que participan fotógrafos, profesionales, aficionados o improvisados de la lente– que desde los primeros días y hasta hoy, documentan el activismo social concerniente con estos hechos que seguirán conmoviendo, y moviendo, la conciencia de este país por muchos años. Es por ello, que este libro está llamado a ser parte de la memoria colectiva de un país asolado por la desaparición y el horror.

Como Universidad pública, nos compete contribuir en todo lo posible para plantear salidas a esta lamentable y dolorosa situación, para exigir el respeto irrestricto de los derechos humanos y demandar el ejercicio de la justicia en el marco del Estado de Derecho. Así pues, la publicación de esta obra permite visibilizar, nombrar, representar y recordar a los desaparecidos para mantenerlos con nosotros, para seguir una lucha que no es sólo por ellos sino con ellos, asumiendo así parte de nuestro compromiso con la sociedad mexicana, que sigue en espera de respuestas.

Hace más de dos años que los 43 estudiantes de Ayotzina-pa desaparecieron. Han circulado varias versiones y se han realizado muchas investigaciones sin resultados concretos, sin embargo, los seguimos buscando, los seguimos nombrando. Protestas, marchas, manifestaciones públicas de repudio a lo acontecido y manifestaciones de solidaridad con sus padres, ocurren en distintas partes del mundo. Allí, la fotografía se ha convertido en parte vital de estas expresiones ciudadanas, aunque de modo paradójal: muestra esta indignación y las voces que piden encontrarlos, pero al circular en las redes sociales, su vida en tanto imagen se vuelve efímera, desaparecen en el constante fluir de la información en las pantallas, se vuelven líquidas, se consumen y son desplazadas por las siguientes.

En la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa, investigamos la imagen, su circulación y su consumo, en donde el trabajo con la fotografía y los medios sociales se ha vuelto prioritario para nuestros grupos de investigación. Los medios sociales son parte de nuestra vida cotidiana y en ellos confluyamos por diversas razones: nos reunimos, nos convocamos, compartimos, nos informamos, creamos vínculos de todo tipo y los utilizamos como plataforma para expresar nuestras ideas, puntos de vista y sentimientos. Se han convertido en una suerte de nueva “mirada” pública. Pero también trabajamos con lo que esta mirada hace con lo que “ve”, cuando el flujo inaudito de información amenaza con volver a desaparecer a aquellos que aún no han aparecido. La imagen, a pesar de todo, resiste, y nosotros resistimos en ella.

Facebook resultó un espacio ideal para este trabajo. La imagen está ya adherida a las relaciones sociales y a su imaginación política. Se convocó, se indagó y se dio forma a los procesos de curaduría y edición en línea. De esta manera se desarrolló un proyecto colaborativo a través del cual se recuperaron estas voces vueltas imágenes, se extrajeron de la virtualidad y la pantalla para volverlas objeto, para re-significarlas y disponerlas nuevamente, bajo una nueva permanencia. Mi amigo y colega Felipe Victoriano se dio a la tarea de reunir y compilar los textos que conmemoran este proceso, luego de una conversación que tuvimos entre pasillos, una mañana fría, sobre la necesidad de contribuir al reclamo y sumarnos a esta indignación que aún nos pesa.

EL NIÑO Y LA RESORTERA¹

Enrique G. Gallegos

A Mario Vergara, buscador de vida

- 1 En junio del 2016, Mario Vargas vino a la Universidad a platicarnos sobre el terrible drama de los desaparecidos en México. Según cifras oficiales, más de 27,000 personas (si sumamos la cifra negra, habría que pensar en el doble o triple). Me conmovió que llegara con un modesto artefacto y un perturbador objeto: una resortera y una falange. Nos dijo: son mis amuletos y luego contó la historia del pequeño hueso. La resortera me disparó a mi infancia, en Guadalajara, cuando íbamos al “Cerro del 4” a cortar arbustos para hacer “buenas” resorteras y cazar güilotas. Pero la falange me regresó brutalmente al presente cargado de muerte y desaparición. Nunca he podido escribir poemas sobre hechos que golpean con tanta barbarie. Pero la “voz” del poema se me ha impuesto y no puedo seguir guardándolo y revisándolo. No me pertenece más: es un modesto reconocimiento a Mario, a los miles de familiares y amigos de los desaparecidos y a las madres y padres de Ayotzi. También al colectivo “Huellas de la memoria”, que trazan pequeñas, pero significativas palabras en las suelas de zapatos de cientos de buscadores de sus desaparecidos.

Hombre de montañas
y desiertos,
del sur
y del centro de Guerrero,
llegaste con tu resortera
—minúsculo brazo de madera—
y con ella
la imagen de miles de niños
de las montañas del sur;
pequeños adultos
que sueñan con canicas
rodando por espaldas
de campesinos
huérfanos,
mutilados.

Con la inofensiva arma
para cazar güilotas,
y estallar
en pedazos las botellas de
amarga cerveza,
los niños sin infancia
entran a cuevas
para convertirse
súbitamente en hombres
y descubrir que en la humedad
reposan cuerpos,
menos que hombres,
los desaparecidos,
huesos que esperan la mano amiga
y que no encuentran
más que al manco
y al tuerto
y al decapitado.

Con la resortera de palo
lanzas unas palabras,
unos huesos de mano amiga,
la falange distal para niñas
la falange media para adultos
la falange proximal para ancianos.
Algunos esperábamos el tiro certero,
pocos,
dos tres quizá nueve,
una manada de esperanzados,
juntos creímos atrapar un pájaro.
Luego nos multiplicamos,
fuimos infinitos
y creímos ver al niño
de la resortera corriendo
por los verdes campos.

Ya era libre.



43

43







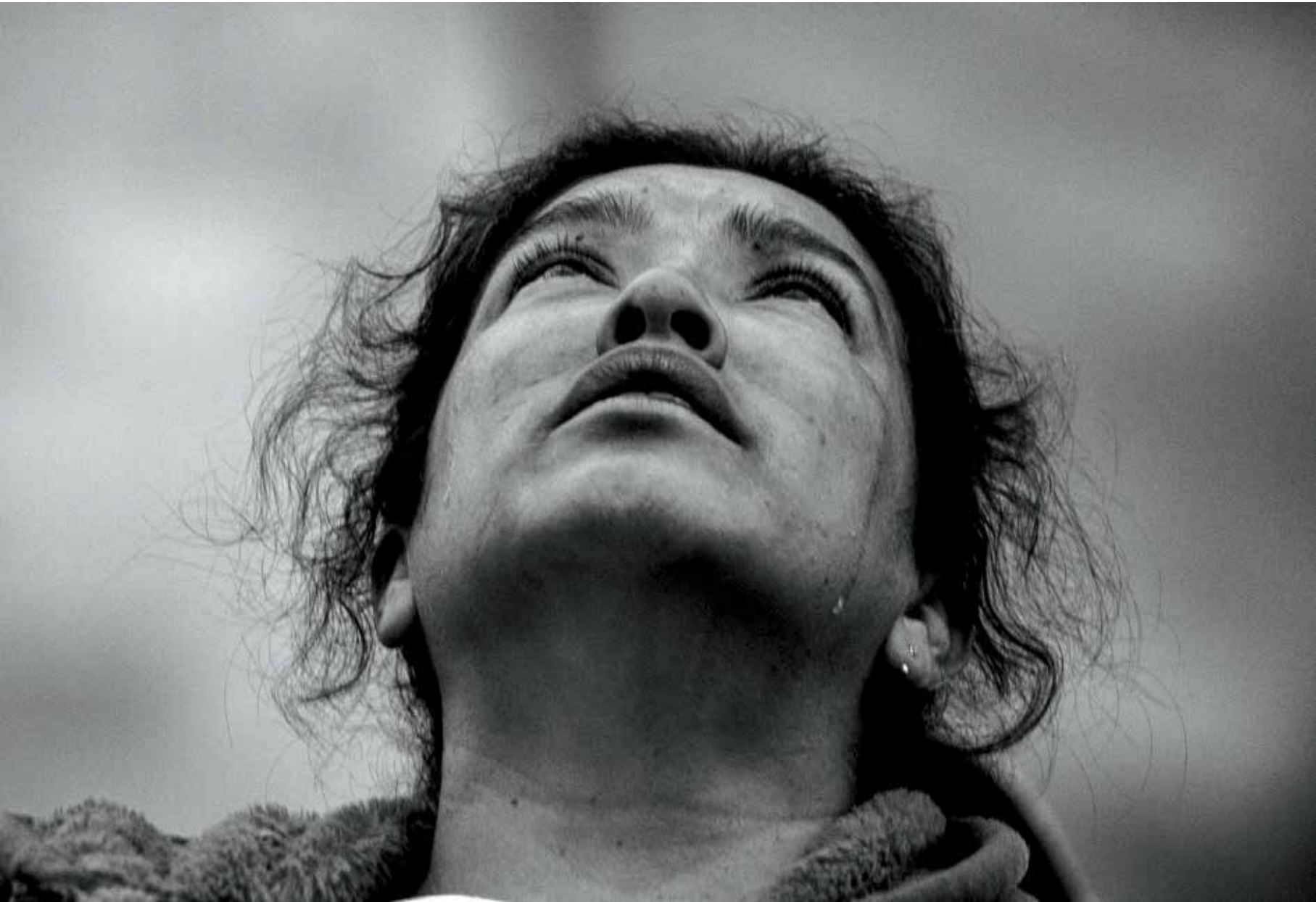


















NOS FALTAN



















...LI REPRESION ABUSOS DE CORRUPCIÓN IMPUNI
DE IÓN DEL DAD
...C POLICIAL/AUTORIDAD GOBIERNO





CÁRTE
LES

EUROCENTRISMO

CONTROL
DE LA
INFORMACIÓN

MALHICIMO

TERRORISMO







HUELGA NACIONAL
NUMBO A LIN GOBIERNO
TRERO CAMPESIN

Ni un
Ni un
Ni un

¡FUERA
¡PENSA!

Vivos se los llevaron
Vivos los queremos
43

Vivos se los llevaron...
Vivos los queremos

AYTZIAPA



NOS FALTAN 43!

MOVER MÉXICO



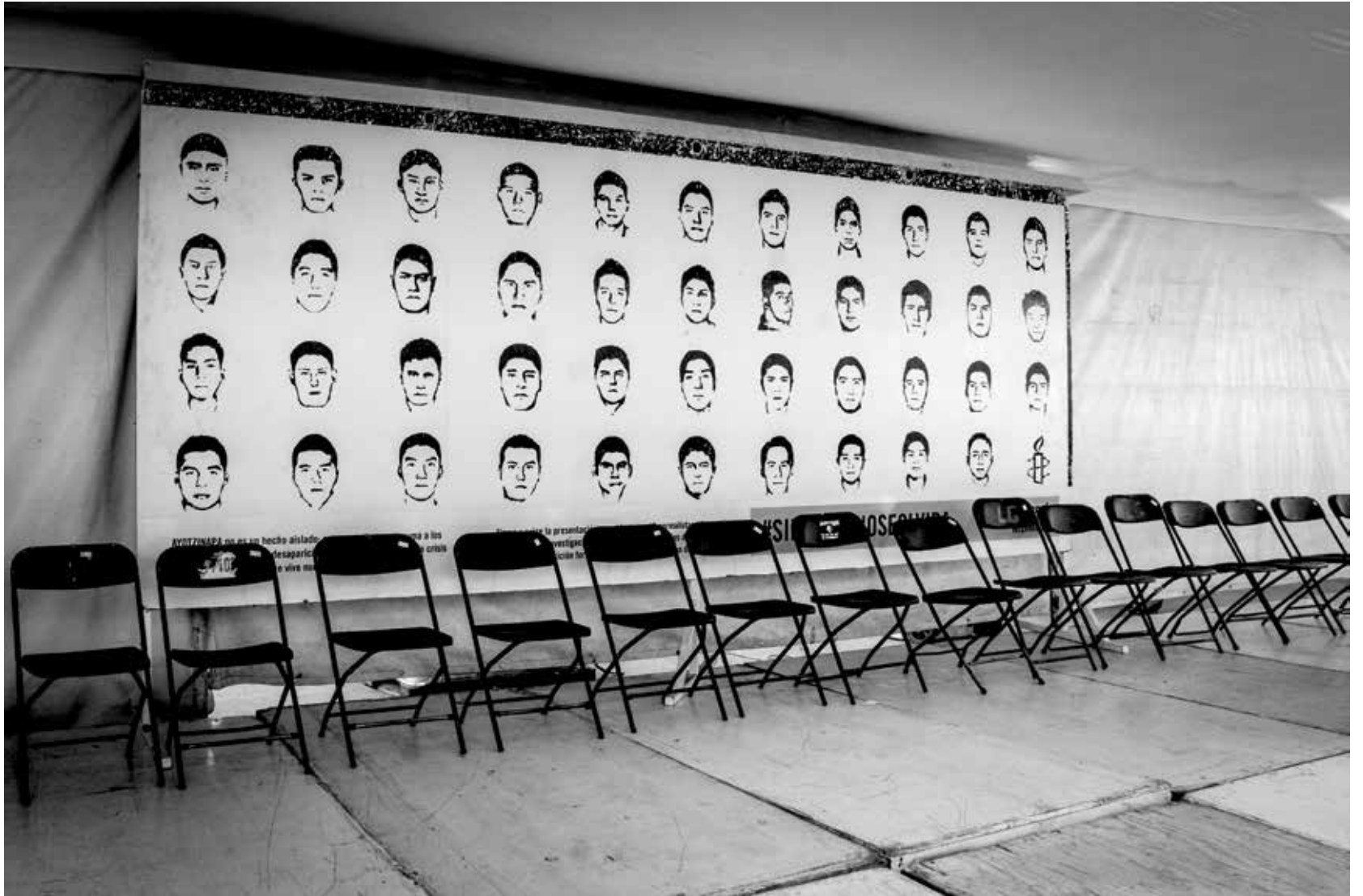
...S LLEVAR...
...VOS LOS...
...MAS...







OSTRO



AYOTZINAPA ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA

Víctor Hugo Pacheco Chávez

Contarlos a todos.

Nombrarlos a todos para decir: este cuerpo podría ser el mío.

El cuerpo de uno de los míos.

*Para no olvidar que todos los cuerpos sin nombre
son nuestros cuerpos perdidos.*

Sara Uribe, Antígona González

“No te confundas, tú tienes miedo, yo esperanza” es lo que se puede leer en una cartulina que levanta una mujer en el trayecto de una de las tantas marchas que el pueblo mexicano ha realizado para exigir la presencia con vida de los 43 normalistas de Ayotzinapa, desaparecidos hace ya poco más de dos años. La frase es pertinente en varios sentidos, ya que hablar de miedo y esperanza en un país como México, en el cual las cifras de muertes relacionadas al narcotráfico, a la violencia de género o por cuestiones políticas, han ido aumentando día a día. Se dice que, de 2013 a la fecha, la cifra de desaparecidos ya rebasa los 27,887, un número mucho mayor al del sexenio anterior. Esta violencia que es impuesta por bandas criminales, muchas veces consentidas por el Estado mexicano, ha generado un clima de miedo en todos los estratos sociales. Un miedo que el Estado ha tratado de captar políticamente al impulsar campañas de mano dura contra los movimientos sociales y las personas que en lo individual muestran su inconformidad ante la situación tan alarmante en la que se sitúa el país.

“No te confundas, tú tienes miedo”. Tú, el Estado; *ustedes*, quienes gobiernan tienen miedo. No te confundas, que sabemos que tanta represión, tanta mano dura, tantos asesinatos,

tantas desapariciones, son porque ustedes los poderosos, los que gobiernan, los corruptos, están temerosos del pueblo que exige sus derechos, que exige que se haga un acto de justicia y se esclarezca la desaparición de los normalistas de Ayotzinapa. Ante estas demandas, ustedes sólo atinan a responder con más represión.

Ustedes los poderosos piensan que, al militarizar todo el país, al regular o reprimir la protesta social, al tratar de incrementar el miedo a través de noticias sensacionalistas en los medios de comunicación, van a poder paralizar permanentemente a quienes exigen justicia. Pero el miedo, —que está entre nosotros y, no nos avergüenza reconocer— opera de una manera distinta entre los desposeídos, entre los débiles, entre las familias y los amigos de las y los desaparecidos, entre todos aquellos que no tienen más poder que el de su cuerpo, el de su arrojo y de sus esperanzas puestas en el interés de que este país cambie. El miedo aquí se vuelve coraje, se vuelve motivo de salir a tomar las calles, la palabra, los muros, para colocarse frente a los aniquiladores y gritar más fuerte. El miedo aquí se vuelve motivación política y acto creativo. No sólo resistimos, también re-existimos en medio de este torbellino de barbarie. El miedo aquí se vuelve rabia, una “rabia convertida en estrategia” y “el dolor en maniobra organizada”, como resuenan los versos de “A la Patria”, canción de Gabino Palomares. El miedo a no vivir, el miedo a la muerte, se convierte en la potencia de una multitud que dota de nombre a aquellos que el poder reduce a sólo una cifra. Por ello, aunque comúnmente se dice que

la lucha es por los 43 normalistas desaparecidos, desde un inicio se ha buscado nombrar a cada uno de ellos, para manifestar que no eran una cifra sino personas. Que no eran una fría abstracción del cálculo racionalista de la muerte, sino que cada uno tenía una historia, familia, amores, deseos, ilusiones, convicciones políticas. Nombrarlos y representarlos a través de fotografías: cuarenta y tres sillas, cada una con la fotografía de cada uno de los desaparecidos, para dotarlos también de rostro y recordar sus nombres. Para combatir el terror de un rostro que fue arrancado de la manera más salvaje a Julio Cesar Mondragón. Visibilizar, nombrar, representar, recordar a los desaparecidos para mantenerlos con nosotros, para seguir una lucha que no es sólo *por* ellos, sino *con* ellos. Nombrarlos y representarlos para otorgarles la dignidad que les fue arrancada por el Estado. Nombrarlos y representarlos para que no se pierda la dignidad y la justicia de toda una nación.

“Yo [tengo] esperanza”. Del lado de los poderosos está el miedo, de nuestro lado tenemos la esperanza. Un estado de ánimo que opera, como apuntó en algún texto el escritor inglés John Berger, *con la esperanza entre los dientes*: como algo que se muerde para que la furia, el agravio, el dolor, el miedo, se puedan contener y se expresen de manera adecuada en energía política. La esperanza de los débiles, de los marginados, de los que más sufren nunca es únicamente individual, por eso el “Yo [tengo] esperanza”, es en realidad un *Yo colectivo*. Un *Yo* que expresa un *nosotros*, quienes compartimos un mismo sentimiento, un mismo estado de

ánimo, que pasa por encima de muchas diferencias que nos circundan. La indignación, el dolor, la desesperación de ver que, cada día que pasa, es un día más sin los compañeros normalistas, es a la vez esa energía común que nos ayuda a seguir, a vivir y asentir que ni Ayotzinapa, ni las miles de mujeres desaparecidas, ni los obreros, ni los campesinos, ni los demás estudiantes, están, estamos solos. Así lo expresó Hilda Hernández Rivera, madre del normalista desaparecido Jorge González Hernández, en un testimonio recogido en el libro *43 por Ayotzinapa*: “Son seres humanos, así tuviera yo 40 hijos no voy a dejarlo, ni lo van a dejar mis compañeros: ya nos volvimos una sola familia, el dolor es uno solo y alzamos una sola voz. Por eso vamos a seguir con estas caravanas.” Por eso vamos a salir todos los días que sean necesarios.

¿En dónde nos encontramos? Son ya poco más de dos años de la desaparición de los normalistas de Ayotzinapa y, una de las cosas que han mostrado los intentos que se han realizado para encontrarlos, es que México es una gran fosa. Es una cosa aberrante mirar cómo al remover unos cuantos metros de tierra se encuentran cadáveres por docenas, todos ellos, sin nombres, anónimos acusados de estar ligados a la violencia del narcotráfico para evitar asumir responsabilidades. Algo totalmente aterrador. Sin embargo, es más indignante pensar que, a una parte de la nación, a una parte de la sociedad, parece no indignarse y no adolecer por tantas desapariciones y tanta muerte. Ese fragmento de la sociedad piensa que, igual que sucede frente a los feminicidios, si estas desapariciones y estas muertes ocurrieron es

porque tanto los desaparecidos como esos cadáveres, esas personas que han sido asesinadas, en realidad se lo merecían, *ellas* y *ellos* se lo buscaron. Los pobres, los que no tienen poder, dinero, posibilidades de educación y sobrevivencia siempre se lo buscan. Por lo tanto, no hay que indignarse porque desaparezcan, porque se les asesine, su vida es una vida ya de suyo, desvalorizada, son personas inferiores, por no tener dinero, por pertenecer a los estratos pobres de la sociedad, por pertenecer a las comunidades indígenas o por ser mujeres, son personas desechables por las que no hay que dolerse, ni preguntarse. Este cálculo egoísta del capitalismo/racismo/sexismo ve a todos esos muertos como los eliminados, como personas siempre prescindibles. El status político de un desaparecido y de un muerto es diferente, pero la valoración egoísta piensa en ambos como una cosa desechable, sin importancia.

Se dice que cerca de donde fueron levantados los normalistas de Ayotzinapa, en la carretera federal que corre de Taxco a Iguala, en la localidad de Puente Campuzano, hay una grieta circular que se conoce como "Pozo Meléndez", o más comúnmente como "la trompa del diablo" o "la boca del diablo", un lugar en donde han sido arrojadas cientos de personas. Aunque el motivo de los asesinatos no es uno sólo, se sabe que las diferencias políticas son una de las causas por las cuales han sido asesinadas y desaparecidas varias personas, desde tiempos de la *guerra sucia*. Una grieta de la que nadie ha podido medir su profundidad pero que parece ser imposible de cerrar, quizá porque el diablo necesite ali-

mentarse y es insaciable, quizá debido a esto, Iguala es el municipio con más fosas clandestinas del país. La cultura popular piensa que el diablo necesita comer, pero tal vez no es el diablo quien exige sacrificios, es la lógica de violencia que se despliega desde el Estado, coludida con los grupos criminales, quienes acaban cada día con la vida de campesinos, normalistas, mujeres y activistas sociales. ¿Dónde nos encontramos? La respuesta es histórica y política. Estamos en un momento en el cual la narcopolítica y la necropolítica del Estado aniquilan el sustrato material e histórico de la nación mexicana. Pero también, estamos en un momento en el que habrá que replantearse de nueva cuenta el sentido mismo de la nación, para tratar de configurar una política a partir de sus márgenes, de los sectores más precarizados, violentados y explotados del país. Una nación en la cual la tierra tenga que removerse solo para el cultivo y no para buscar cualquier rastro de las personas desaparecidas. Seguimos aquí con la esperanza hecha trizas, entre los dientes, pidiendo justicia para los 43 normalistas y las demás personas desaparecidas.

LA INDIGNACIÓN CONTRA EL OLVIDO

Elixabete Ansa Goicoechea

Al observar las fotografías que nos convocan, llama la atención el descalce que se expresa entre la *representación* simbólica oficial del estado y la *presencia* material, corpórea de la indignación en las calles de México. Los mexicanos se instalan, toman las calles, se presentan como sujetos politizados que están (con) viviendo una de las peores tragedias del presente mexicano. La indignación marca su cuerpo y el cuerpo de la ciudad, articulando mensajes de protesta que le reclaman al estado aquello que sólo *figura* como estatua monumental. Los cuerpos instalados aparecen (des)bordando esas estatuas que, como se sabe, fueron construidas y/o inauguradas bajo la dictadura modernizante del porfiriato: El Ángel de la Independencia, rodeada de Paz, Ley, Guerra y Justicia; el Hemiciclo de Don Benito Juárez; el Monumento a Cuauhtémoc, etc. Apelan claramente a la modernidad sin cuerpo que se impuso y que se sigue imponiendo a partir de un estado que *contabiliza* los cuerpos de su territorio como un mero registro de la subordinación de sus ciudadanos.

La demanda desde los cuerpos indignados tiene que ver con la estatización que sólo registra, cuantifica y aparta. Y que frente a ella, genera la necesidad de crear otro imaginario desde la paradójica condición de la presencia. En los albores de la Independencia Mexicana, los cuerpos se hicieron presentes devolviendo al imperio español una imagen que resignificaban: era la Virgen de Guadalupe en manos del cura Hidalgo. En pleno siglo veintiuno se devuelve otra imagen, aquella que registra, desde fines del siglo diecinueve los cuerpos desplazados de la modernidad. Nos referimos a esas “fotos de carnet”, cuyo

origen se remonta a la idea ilustrada de Alphonse Bertillon y su antropometría, con el fin de catalogar e identificar de manera más eficaz a los criminales. Despojando al retrato-daguerrotipo de toda aura íntima y familiar (aquella que Walter Benjamin rescataba de la caída de la imagen en su reproducción técnica¹), se desvela que uno es clasificado siguiendo el rastro del bertillonaje; imaginado, entonces, como criminal en potencia.

Se es criminal sobre todo si uno se hace presente. Es decir, si se pide y actúa de forma que el imaginario de independencia e igualdad propio de las repúblicas latinoamericanas se haga presente, como lo hicieron los 43 normalistas. Si con la presencia se hace evidente la labor material de educación básica que en las zonas rurales de México se lleva a cabo, pese a la pobreza, también material, que se vive. Se devuelven entonces fotos de carnet, 43, y con ese gesto, se materializan 43 cuerpos, y con esos 43, los miles de mexicanos presentes en las calles. La indignación clama por el fin del estado de contabilidad, aquel que abstrae e imagina a las personas como criminales en potencia, aquel que contabiliza, secuestra, tortura y entrega a su población a la pobreza, la discriminación y el racismo biopolítico.

Hay dos momentos importantes en los que desde el arte y el periodismo más comprometido se ha posibilitado la presencia de los cuerpos olvidados por la racionalidad del estado. Recordamos primero el periodo histórico en que el pueblo mexicano se hacía *figura* en el marco del muralismo en espacios institucionales como la Escuela Nacional Prepa-

ratoria o el Ministerio de Educación Pública. Los murales de Siqueiros, Orozco y Rivera figuraban un pueblo en apoyo a un proyecto estatal que hiciera presente lo que la Revolución Mexicana reclamó frente a sus muertos. En aquel momento se desató un debate por lo representado. Rufino Tamayo sentenció que “el único lugar donde los campesinos y los indios han triunfado realmente fue en el escenario del muralismo mexicano”².

Otro momento inédito en esta búsqueda presencial del cuerpo político y en resistencia de los mexicanos lo otorga el libro *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral* (1971) de Elena Poniatowska. Es el momento inmediatamente anterior a la producción de las fotografías que estamos discutiendo aquí, dado que también se refieren a estudiantes, y también se refieren al aniquilamiento violento de estos estudiantes por parte del estado. El registro fotográfico de la matanza de los estudiantes el 2 de octubre de 1968 fue el resultado de la violencia con la que el estado postsoberano azotó América Latina³. Es el momento en que se cortan de raíz todos los intentos de consolidación de estados soberanos en América Latina para dar paso, a partir de un terrorismo de estado, a la inauguración de estados postsoberanos, aquellos que tejen sus intereses obedeciendo a la soberanía absoluta y acéfala del capital⁴.

Como resultado del terrorismo de estado empiezan a circular imágenes clandestinas de cuerpos torturados y/o masacrados, así como “fotos de carnet” de quienes ni siquiera quedó cuerpo para fotografiar. Más que el valor testimo-

- 1 Benjamin, Walter. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Trad. Andrés E. Weikert. México: Itaca, 2003.
- 2 Citado en Rita Eder, “El muralismo mexicano: modernismo y modernidad”. *Modernidad y modernización en el arte mexicano, 1920-1960*. México: Museo Nacional de Arte, 1991. Pág. 70.
- 3 Cabezas, Oscar Ariel. *Postsoberanía. Literatura, política y trabajo*. Buenos Aires: La Cebra, 2013.
- 4 Para un análisis más riguroso del “terrorismo de estado”, ver Rangel Lozano, Claudia y Evangelina Sánchez Serrano, coord. *¿Guerra sucia o terrorismo de estado? Hacia una política de la memoria*. México: Itaca, 2015.

nial de estas fotografías, nos interesa resaltar la indignación y el reclamo político. Pocos años después de la publicación de Poniatowska, surge una referencia importante: las Madres de Plaza de Mayo, quienes muestran solidaridad absoluta con los 43 normalistas, como vemos en el catálogo. Y es que habría que pensar a las Madres en relación a lo que aquí estamos planteando, no como organización que busca reparar nada, sino como agentes que dan presencia a los cuerpos apartados y ejecutados por los intereses postsoberanos del estado.

El muralismo y la fotografía adquieren actualidad en las fotos aquí desplegadas a propósito del ex-estudiante de la Escuela Rural de Ayotzinapa, que figura en una de las paredes de la escuela rodeado de las “fotos de carnet” de los 43 normalistas. Me refiero a Lucio Cabañas. En las fotos observamos el momento de construcción del mural que lo retrata, haciendo visible el retorno del cuerpo reprimido en una imaginaria que, como venimos comentando, sintetiza expresiones —tales como el muralismo y la fotografía— que presentan los cuerpos ejecutados en pos de la soberanía total del capital, originada en los 70 e instalada brutalmente en el presente.

Hay un claro contraste entre esta brutalidad y el uso del bertillonaje en las instalaciones. El bertillonaje, a diferencia de las fotos de *La noche de Tlatelolco*, no es testimonio del maltrato, la tortura y la forma en que los mexicanos fueron ejecutados. No se quiere dar figura a la “víctima”; esa categoría legal que habla del que ha padecido una injusticia y se

dispone a ser reparado... No hay aquí discurso de reparación ni de imágenes de restitución simbólica. Se parte de la convicción de que no hay reparación posible, no hay sentencia ni imagen que repare nada. Se escoge, así, no causar pena ni caridad, no causar un sobrecogimiento banal. De hecho, el minimalismo de las instalaciones de las fotos de carnet contrasta fuertemente con los hechos que las fotos hacen aparecer sin apelar a ninguna figuración; es decir, no interpelan desde la lógica representacional del poder.

Las fotografías de este catálogo están desplegadas contra el olvido de que la máquina paramilitar no ve cuerpos. Las máquinas de matar son "órganos sin cuerpo", órganos que han incrementado el ojo de la supervigilancia, como el policía que en las fotos mira amenazante⁵. Frente a esto las fotografías aquí desplegadas resisten el olvido; un número, 43, otro, 68, fotos de carnet, *selfies* que los propios mexicanos toman, y la presencia de los cuerpos mexicanos sujetando estos signos simples, diagramados, que se instalan en presencia, y que exigen, desde la indignación, la afirmación del sentido de estar en común.

5 Zizek, Slavoj. Órganos sin cuerpo. Trad. Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia: Pre-Textos, 2006.









¡Vivo!

Alonso de...
An... de...











LICIA

POLICIA

0-378

POLICIA

POLICIA

NOS FALTAN
POLICIA







¡AYOTZINAPA

VIVE!

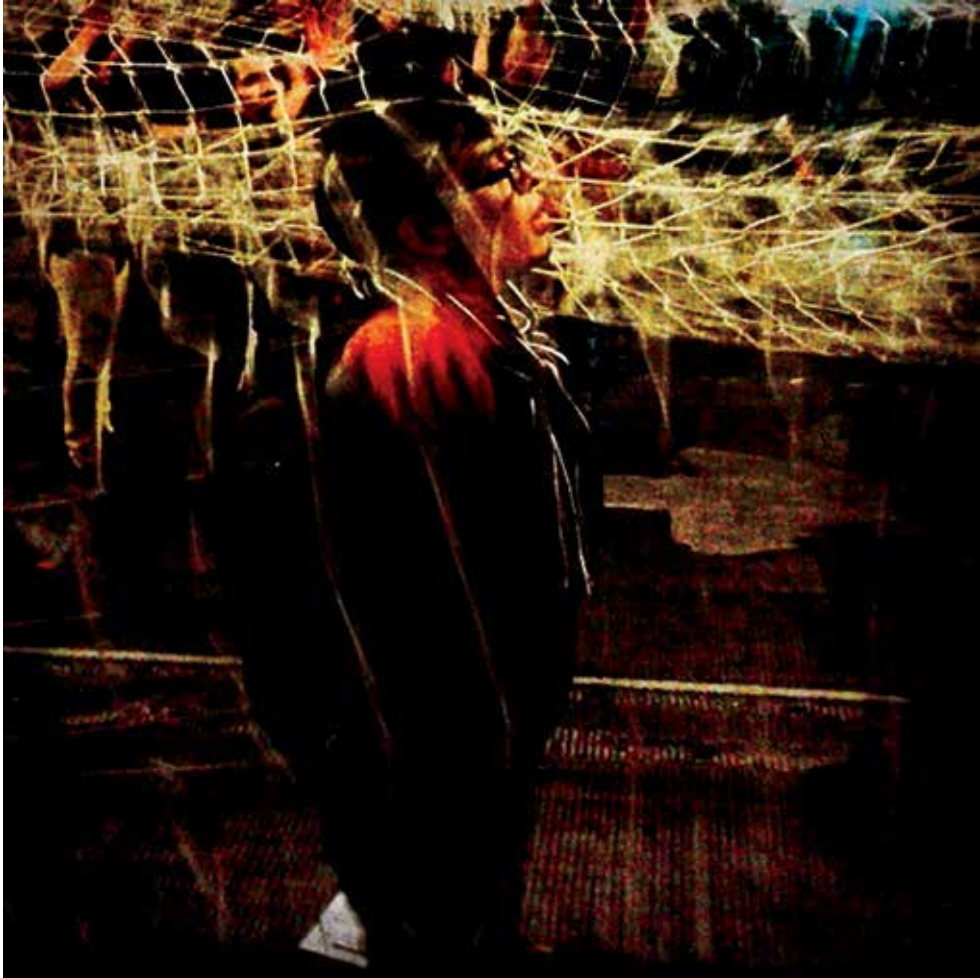
NI PERDÓN. NI

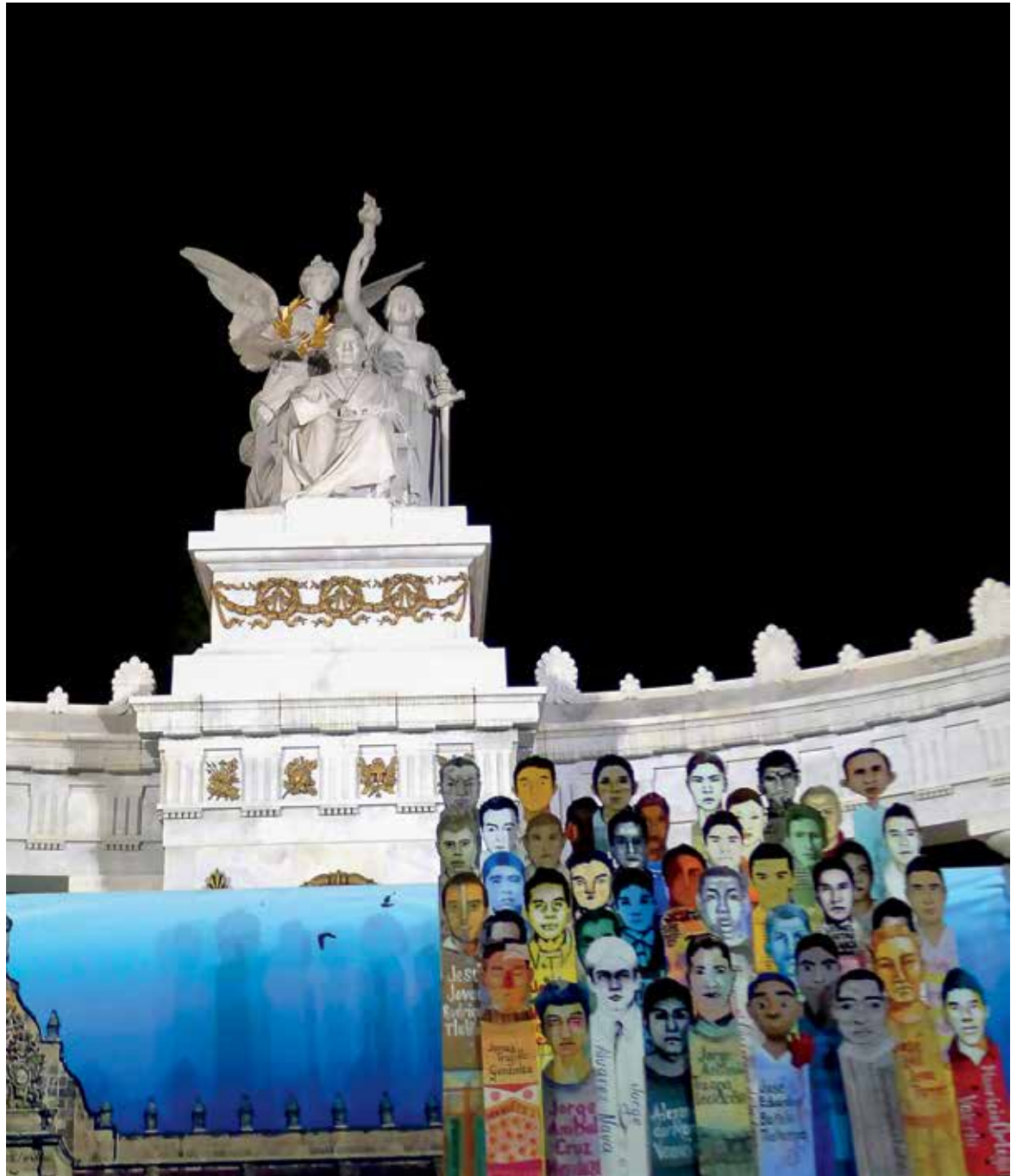


LUZ, PAZ Y AMOR
PARA MEXICO
#FUERZA AYOTZINAPA
MEDITACION COLECTIVA ENSENADA











43



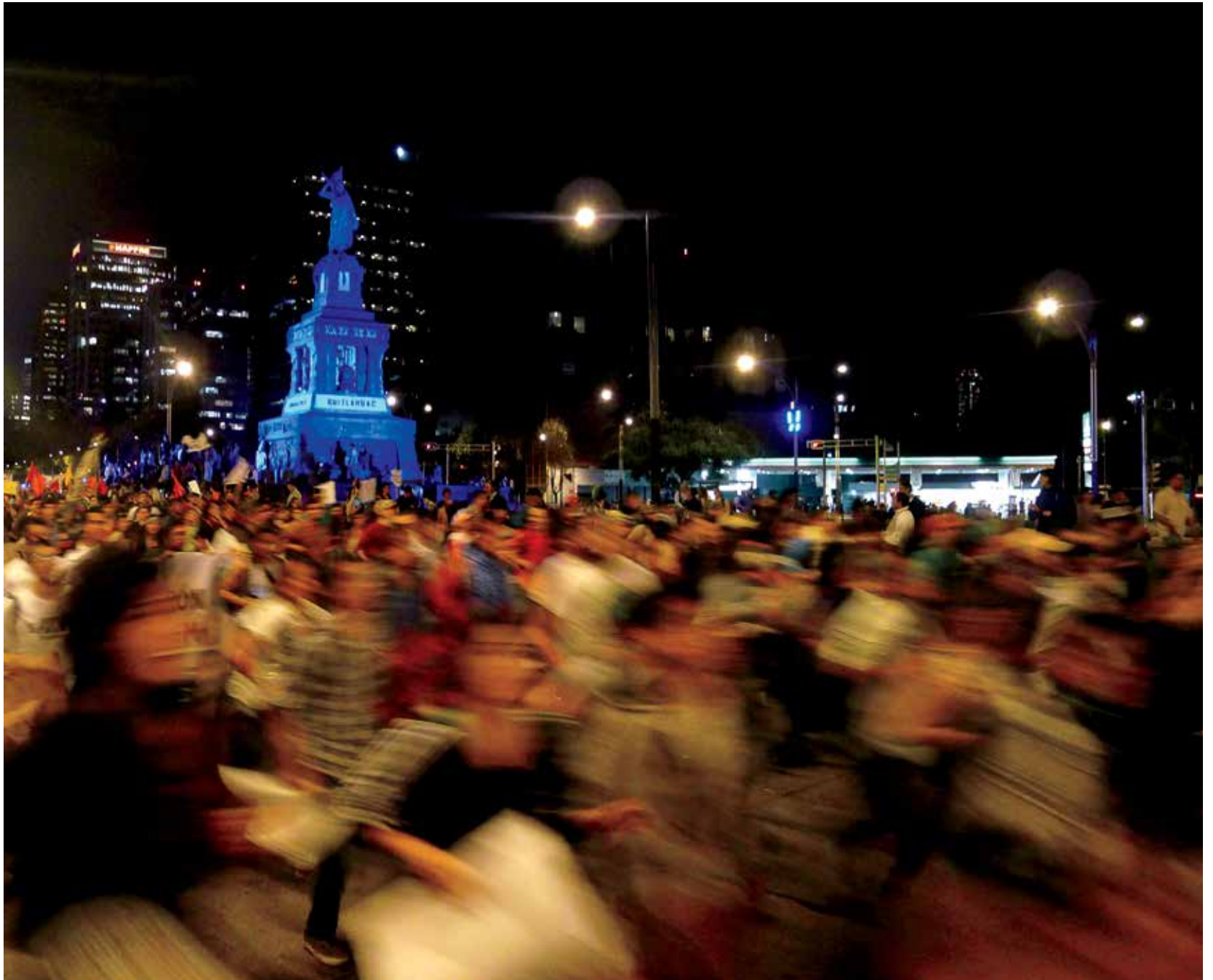


DERA
NA!

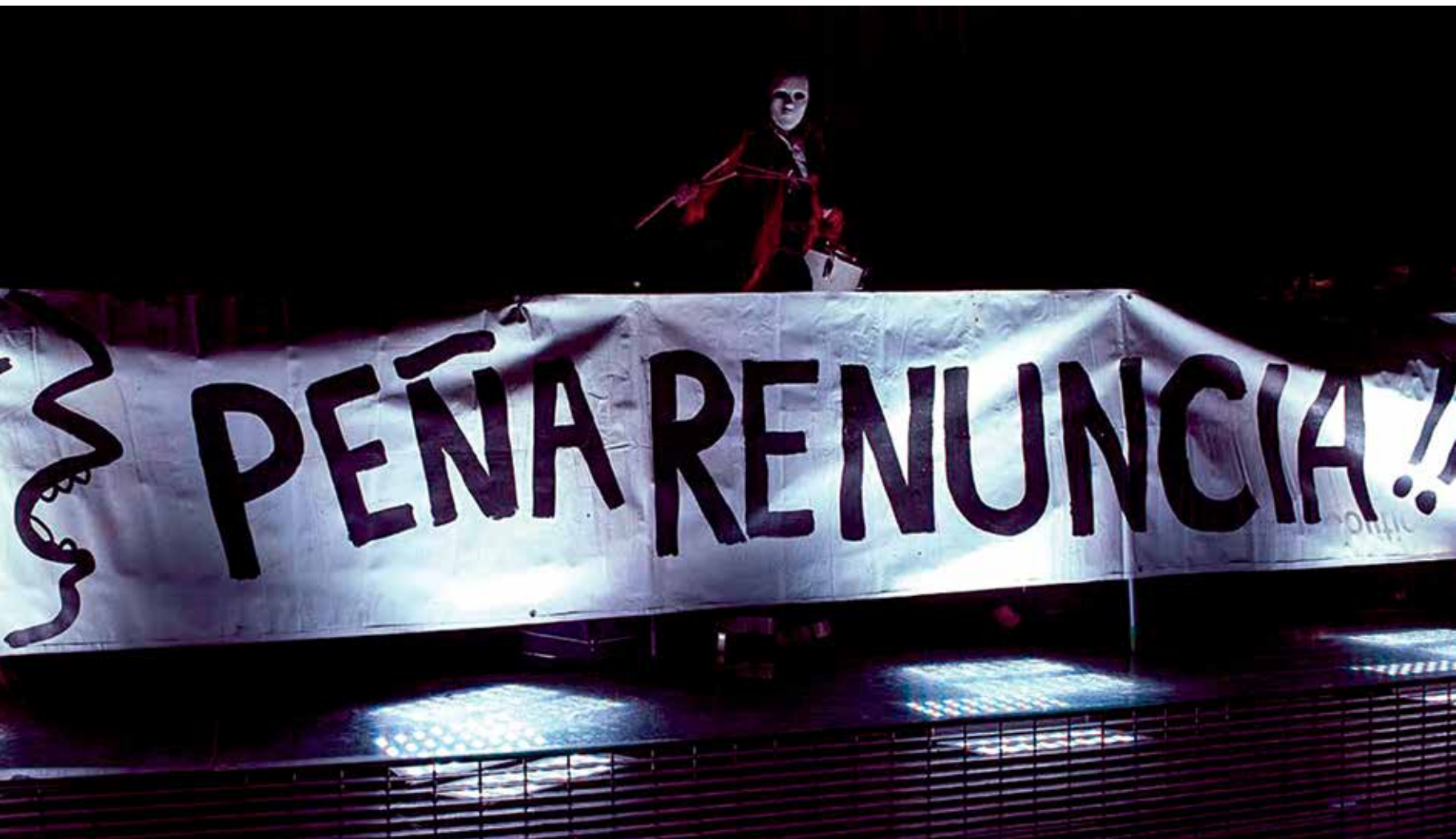
























43

#AYOINI

AYOTZINAPA: ROSTROS SIN CUERPO

Ángel Octavo Álvarez Solís

El crimen que no documenta un cuerpo es el más doloroso porque en él subyace la esperanza del retorno. La espera de un cuerpo, la posibilidad de una presencia es, probablemente, uno de los modos del horror contemporáneo. Han transcurrido más de dos años del acontecimiento de la desaparición de los 43 normalistas de la escuela rural de Ayotzinapa. Los cuerpos de los 43 siguen sin aparecer. Pero no son sólo cuerpos ni números: son biografías familiares, vidas lastimadas, alegorías nacionales, modelos de impunidad, crímenes de Estado, ejemplos de que la vida es una constante elaboración del duelo. La serie fotográfica que recopila Francisco Mata documenta el rostro de las demandas de la aparición: un pueblo que organiza su pesimismo para reclamar una justicia que, sospecha, no podrá venir nunca más. Las fotografías retratan un pueblo, el pueblo. Este pueblo, no la sociedad civil, reclama la aparición de los cuerpos; los reclama vivos porque es el mínimo de dignidad que merece una sociedad bien ordenada. Pero el pueblo no es ingenuo ni premonitorio. El pueblo advierte que le faltan 43 precisamente porque sabe que, según cifras oficiales, existen aproximadamente 27 mil 659 desaparecidos en el país. Esta cifra, más que un número o un dato de escándalo, es la consigna del mínimo de justicia que requiere el Estado para volver a ser legítimo. La catástrofe no puede ser contada. No sirve mucho registrar que, por lo menos en 2015, 11 personas fueron desaparecidas cada 24 horas. Estos números bloquean la indignación y, peor aún, convierten la tragedia en un asunto de estadística de Estado, de la contabilidad del terrorismo de Estado.

En efecto, estas fotografías militan contra el terrorismo de Estado, contra ese modo de la violencia de los gobiernos que les permite hacer del terror una práctica de administración de la muerte. La desaparición forzada como el reverso perverso del monopolio de la violencia legítima. Pero si las imágenes pudiesen hablar, si pudiésemos escuchar la rabia que alberga cada

fotografía, encontraríamos un elemento común: el rostro de un pueblo herido y enojado porque aún está en la espera de 43 cuerpos con rostro que durante estos años se convirtieron en *rostros sin cuerpo*. Cada fotografía documenta un rostro que encubre el rostro de la banalidad del mal: el rostro que reclama la impunidad oculta el rostro de la justicia porque expone el rostro de la catástrofe. Las imágenes adquieren así una rabia incontrolada debido a que los píxeles guardan las lágrimas derramadas por cada desaparecido. Ayotzinapa no es una elegía de la democracia mexicana.

El pueblo sabe que Ayotzinapa no debe ser un capítulo más de la historia de la injusticia en México. El pueblo reconoce que “43” es más que un número de la oficialidad de la muerte. El pueblo padece el dolor de los estudiantes desaparecidos porque no niega que todos, en el fondo, somos desaparecidos. Por eso las fotografías son pruebas y no huellas: corroboran que en la palabra *impunidad* se juega más que un registro del dolor y el diferendo: la posibilidad de vivir. La vida es lo que ha estado rondando en estas imágenes y en estos textos, la vida de los que podemos escribir o leer estas notas y la vida de los que no sabemos si aún les pertenece. La vida como sustantivo, el vivir. Vivir es la única consigna permanente porque parece que al Estado ni siquiera le parece suficiente el dejarlos morir.

Por lo anterior, no es extraño que estas imágenes expongan una vida que reclama *otra vida*: la vida de los que, como escribió Felipe Victoriano hace algunos años, han sido privados de muerte. La vida del pueblo, de un pueblo que

impugna la privación de la vida de los normalistas porque sabe, precisamente, que los gobiernos son máquinas de muerte. “Ayotzinapa vive” es una manera de enfrentarse directamente con la muerte soberana y, al mismo tiempo, un modo de imputar responsabilidades. Se supo, se sabe, se sabrá todo el tiempo: *fue el Estado* ya sea por omisión, por colaboración o por falta de atención. El Estado no queda impune porque produce impunidades como modos de existencia cotidiana. La vida del Estado dependerá de la vida de los desaparecidos porque si el Estado no garantiza la vida merece su muerte.

Hace algunos años, el historiador del arte Georges Didi-Huberman explicó que las imágenes del pueblo -principalmente el rostro de los pueblos- son capaces de revelar una parcela de la humanidad. Exageró. Un rostro no es la metonimia de la humanidad. El rostro de un pueblo no puede ser el representante mayor de la humanidad porque, aunque las marcas del tiempo quedan documentadas en el rostro humano, el rostro del desaparecido es la marca de la intemporalidad. El desaparecido no tiene tiempo. El desaparecido está privado del derecho a la vigencia. Por ello, el rostro del desaparecido, con o sin *hábeas corpus*, es signo de la infinitud en contraposición a la deseable finitud humana. El rostro de un desaparecido es el rostro del pueblo, pero de un pueblo enfurecido, violentado, mancillado, con ganas de decir que “ni siquiera los muertos están a salvo cuando el enemigo vence.” Sin embargo, Didi-Huberman no se equivocó por completo en su exposición de los rostros del pueblo.

En sus estudios sobre las figuraciones del pueblo, Di-di-Huberman comentó que si un historiador del futuro realizase una investigación de los pueblos del siglo XXI, lo primero que le asombraría es la cantidad de fotos y secuencias televisivas en la que “la gente” y sus rostros aparecen “borrosos”, sin una definición precisa. El historiador francés advierte que para los sistemas políticos, la gente y los rostros del pueblo son rostros velados o rostros borrosos, rostros que están compuestos por “la ceniza de los píxeles”. Por consiguiente, el rostro es lo primero que aparece silenciado, ocultado, borrado del ojo del Estado, pues en los rostros emerge la singularidad radical de la persona. El problema es que si un historiador realizase el mismo ejercicio en México encontraría que no existen rostros borrosos ni rostros pixeledos; por el contrario, que el rostro de los desaparecidos es claramente identificable y que, aun así, los cuerpos nunca fueron identificados. Ayotzinapa es la tragedia de los rostros sin cuerpo, de los rostros que nunca encontraron su lugar ni en la vida ni en la muerte, a pesar de que el pueblo intente por todos los medios mantenerlos en la memoria.

Finalmente, aquí no se retrata el horror de la desaparición forzada ni expone pornográficamente el lamento de las familias por la ausencia de cuerpo, sino que la mirada apunta a uno de los puntos más nobles de la experiencia democrática mexicana: el rostro enfurecido del pueblo, organizado, unido en actitud militante contra la injusticia de un Estado que hizo de la ley un poema de la muerte. Las imágenes del pueblo en protesta, en el que el pesimismo del intelecto no

contradice el optimismo de la voluntad, recuerdan que no basta con enviar a un fotógrafo al lugar de la injusticia para que esta tenga todas las posibilidades de quedar impune. Es más, las imágenes militan contra la impunidad en la medida en que indican que los rostros sin cuerpo son los residuos de una maquina soberana agonizante, perversa, decadente, ilegítima. Por lo tanto, el rostro del pueblo en combate frontal contra los desaparecidos es el rostro de la aparición de la justicia, la forma política que muestra que el enemigo no terminará por vencer, pues como lo anticipó Bertolt Brecht: “el futuro está en tinieblas, y débiles son las fuerzas del bien. Tú veías todo esto cuando destruiste el cuerpo destinado a la tortura”. Sin embargo, por más débiles que sean las fuerzas del bien, y a pesar de que el futuro no es de nadie, la justicia está latente en el pueblo mexicano, ya que no volverá a permitir que la desaparición sea el máximo de tortura soportable por la humanidad.

EL AVE DE AYOTZINAPA

Oscar Ariel Cabezas

*Desgraciados los pueblos donde la juventud no haga
temblar al mundo y los estudiantes sean sumisos ante el tirano*

LUCIO CABAÑAS

Con sus intensidades y sus incendios, la infancia es el lugar de una experiencia singular. Es el ave fénix que quema las infinitas energías del estar vivos sin la ansiedad de la muerte. En su vuelo desordenado, se ordena la vida como proximidad a lo infinito. Lo infinito es la condición genérica y singular de que la vida es vida para el juego. La infancia es el plano erotizado de las reglas y del cambio de reglas del juego que emerge una y otra vez de las cenizas del cuerpo. Sin embargo, el cuerpo es el finito de la infinitud de destellos de historia. Por eso es que las historias, aunque no sin el juego del duelo, pueden siempre volver a empezar. La infancia no tiene más refugio que el infinito re-nacer. Ayotzinapa es el nombre de la urgencia de este re-nacer porque es hoy el nombre del crimen organizado contra la infancia. Renacer es lo opuesto al cadáver y la materia desde las que todos los lugares del nacimiento confluyen en la afirmación del juego de la vida como lucha por la dignidad de estar y habitar en común la Tierra.

Ayotzinapa es el lugar de la memoria de la infancia de esa multiplicidad que llamamos humanidad. Es el nombre que se opone a la mano criminal de genocidas escudados en el Estado de contabilidad del libre mercado o en el poder acéfalo de las armas del narco. Los estudiantes de Ayotzinapa son el fantasma de los saberes posibles e imposibles de una voluntad de memoria fundada en la experiencia de la comparecencia ante el *otro*. Es el otro que habita las edades posibles de la niñez y de las escuelas como experiencia cotidiana de estar

vivos en la intemperie. Olvidar Ayotzinapa sería abrazar la complicidad del poder y la de los poderosos que niegan la experiencia infinita de los nacimientos. La infancia nace a la intemperie porque se abre al juego de los acontecimientos. En el juego la oscuridad de la noche, es la claridad de una mañana sombría.

La noche de Iguala en la que desaparecieron 43 niños-estudiantes está desinscrita de la experiencia del juego del amanecer. Esa noche desgarró la carne ensoñada a niños-profesores como síntoma de que la infancia podría desaparecer. De hecho, lo que ocurrió hace dos años fue el horror consumado de apagar la infancia de la humanidad. A través del horror innombrable de una masacre que rotula la esfera inmunológica del Estado y abre la vida de la especie a su posibilidad de extinción, la ferocidad del crimen amparado en un estado cómplice de la mano asesina, hizo temblar, desde Ayotzinapa hasta el lugar más recóndito de la tierra, toda comunidad de nacimientos. Mientras se apagaba la infancia de los 43 normalistas — no es difícil imaginarlo— a esa misma hora nacía, en plena intemperie, el hijo, la hija de un padre, madre anónima que no dejaba y, aún no deja, de temblar ante el acontecimiento de la vida. El que nace ante la ley del manantial de la vida, es promesa de infancia, es promesa de vida y jamás (por mucho que persista cierta

filosofía de la finitud en ello) la infancia está ante la muerte. Esta actualidad que arranca la piel de los hijos e hijas que nacen de la pasión por la vida, sólo puede entenderse como pasión necropolítica si la inactualidad de la memoria, su potencia activa, se opone, resiste y lucha contra la complicidad con el crimen, la indiferencia, la apatía, el consumo y el espectáculo de la muerte como circulación mercantil, como estética de horror.

El registro visual de estas fotografías, su inconsciente óptico, es *paso* al acto de la mirada que compone la memoria del dolor y de la pérdida de la infancia arrebatada de los brazos de Ayotzinapa. Pero la memoria enlutada para aproximarse a la verdad y la justicia debe ser, es urgente que así sea, una memoria *enluchada* que no evita las cenizas como inminencia de lo que ha desaparecido, para luego volver a reaparecer encarnado en los movimientos de indignación, protesta y clamor por la vida. Se trata de las cenizas colectivas de la comunidad de nacimiento y de la lucha por la infancia como lugar en el que ocurren los nuevos comienzos.

Frente a la muerte que nos hace temblar ante la posibilidad de ahogar la infancia en la época del primado sobre la muerte, y de las tecnologías de la desaparición forzada con la que los estados han operado durante toda la modernidad, desea arrancar la infancia como materia ensoñada y

subversiva de la especie humana. La memoria estimulada por la energía de estas fotografías abre lo visual a su venganza, porque detiene la muerte y pone en circulación los fantasmas de una permanente rebelión. Lo que se resta a la rebelión de los desaparecidos, de todos aquellos que han sido víctimas del horror del Estado y de la complicidad acomodaticia de los espectadores de la sangre, es el estar ante la muerte. Por el contrario, en estas fotografías, la afirmación colectiva de la memoria de lucha, de la memoria política de Ayotzinapa, es el clamor de la pasión por la vida.

Mientras el ojo recorre las fotografías, el recuerdo replegado en el pensamiento compone la posibilidad de un movimiento de la mirada como más allá de la estetización de lo visual. Aquí las fotografías evocan el nombre de Ayotzinapa como lugar de aquello que *nos falta*. Nos faltan las alegrías y las tristezas de los desaparecidos por los estados del terror. Nos faltan los 43 normalistas-niños de Ayotzinapa. La memoria, sin duda, es el registro visual que conmemora la falta. Nos faltan cuarenta y tres veces, nos faltan infinitamente nuestros hijos de Iguala. Nos queda el lugar de las cenizas, siempre quedan las cenizas en las energías de quienes recuerdan, evocan, rememoran y pasan al acto como los miles y millones de anónimos que, desde el temblor de lo ocurrido en Iguala, afirmaron el recuerdo de la infancia y las cenizas diseminadas.

En estas fotografías se puede ver el Ave fénix de la memoria de Ayotzinapa. ¿Apocalipsis de la infancia? El olvido de la experiencia de lucha, de juego, de amor y pasión por

la vida de esos valientes hijos de Ayotzinapa, corrobora los *conatos* del nacer y re-nacer. La infinitud de la vida está del lado de este segundo nacimiento, es decir, desde la fuerza revolucionaria de las cenizas del Ave Fénix. Nacer dos veces compone la ontología del recuerdo de las cenizas. En el nacimiento por segunda vez, el recuerdo disemina e insemina la posibilidad de levantarse desde las cenizas, a contrapelo de las catástrofes y de los horrores de la mala muerte, que es la vida sin vida del capital. Estas fotografías, huellas de la subversión y de la resistencia, de la infancia que emana del malestar dejado por el crimen en contra de esos niños de Ayotzinapa, componen la figuración alegórica de un desborde, un derrame en las calles de la siempre fallida modernidad. Pero sobre todo, son el registro visual del intento por detener las injusticias de la pulsión de muerte.

Lo que evocan estas fotografías, es la irreductibilidad de los niños desaparecidos y la efusión del cuerpo del reclamo político como emanación de una potencia que demanda justicia. El fantasma de la justicia es el terror del terror. Es lo que atemoriza al poder hasta hacer temblar ante la ley incalculable de lo que, en tanto relación a la experiencia de la infancia, no tiene edad, ni raza y menos posición en la división social del trabajo capitalista. La justicia es lo que ante la demanda incalculable interrumpe el orden del capital.

Las fotografías desplegadas en este catálogo no sustituyen el duelo por los hijos asesinados de México, por los que asesinarán en las próximas horas, en los próximos años, por los que están por asesinar en nombre de lo simplemen-

te innumerable. Sin embargo, esta secuencia de fotos tiene la posibilidad de la conmoción; pues esta es la palabra que torna el acto de mirar en algo más que la memoria sentida del espanto irrepresentable causado por la desaparición de los hijos de Iguala. El lenguaje de las cenizas es aquí hablado por la fotografía de marchas, danzas enlutadas, rostros anónimos, multitudes indignadas, cuerpos rayados en la superficie de su piel por inscripción del dolor, grafitis en duelo y actos de arte en resistencias. El registro visual del dolor de una nación, no sólo expresa la imposibilidad del análisis de los afectos encerrados en el duelo y la melancolía de la irreparable pérdida de esos 43 niños que nos faltan y les faltan a las singularidades colectivas que los vieron crecer, reír, estudiar, amar la vida. El análisis de lo irrepresentable del horror sufrido repele la transferencia, porque la sustitución de esos 43 niños de Iguala es imposible y quedará, en la historia de la humanidad, escrita en el alma de una infinita melancolía.

Pero no hay memoria sin infancia. La infancia no es simplemente el lugar de la niñez, es la ocurrencia de un acontecimiento que corrobora que la experiencia de la vida es lo opuesto a la fabricación de cadáveres. Si la postsoberanía necropolítica es fabricación de cadáveres, la apelación y defensa de la aparición de la infancia —como experiencia irreductible de la vida— es su contención, su más profunda y honda trinchera. Entonces, la memoria es fabricación de infancia, y viceversa. La memoria produce el fantasma jugueteón que se sobrepone al duelo narcisista y transforma el dolor en acontecimiento colectivo. El fantasma es el movi-

miento de aparición y reaparición cuyo clamor es tan potente como las imágenes que tiene un ciego para, en medio de la noche, imaginar y ver las estrellas. Pero en estas fotos no hay estrellas, si no cenizas, huellas, trazas a las que la fotografía, sin renunciar a la imagen y la memoria, abre desde lo que “a primera vista”, a un lector desprevenido, no le podrá jamás ser revelado, esto es: la tristeza de la conmoción. La tristeza de moverse junto y con esos fantasmas que, contra el terror y el miedo, aparecen y reaparecen para indicar, quizá, que el camino está del lado de las cenizas del Ave de Ayotzinapa.

IMAGEN Y PALABRAS, AUSENCIAS Y EVIDENCIAS

José Reveles

Si uno se acoge a convenciones literaria y literalmente aceptadas de que una imagen vale lo que mil palabras, en esta muestra gráfica, con la fuerza colectiva unificada y el poderío de la memoria visual que se torna exigente, el potencial expresivo de estas fotografías representa, dice, evoca y convoca millones de vocablos.

La imagen antes y después del verbo. La imagen en el centro del click que nos invade por los ojos y despierta a todos los demás sentidos: el ferviente seguidor de los olores, el sibarita del gusto, los deseos de tocar y el ansia por escuchar todo lo que está alrededor del momento capturado.

El conocimiento y la memoria del contexto, en esa medida en la que los poseemos, están allí también entreverados con la gráfica. Igual toman partido nuestras sospechas o certezas, en el momento en que agregan sentido al solo golpe gráfico. Y de repente brota desde el surtidor de la fotografía un impulso de análisis, de búsqueda de tantas y tantas respuestas apenas sugeridas.

Quisiera, por todo ello, colocar con palabras las imágenes que no están y que nos hacen falta: momentos que dicen que nadie capturó a través de una lente, pero que seguro nos escamotean; imágenes de corrupción y violencia, de impunidad en las sombras de la noche del 26 al 27 de septiembre

de 2014; instantáneas de la simulación que fingen desmentir la realidad.

Valga, pues, el intento:

–Un satélite perteneciente a Naciones Unidas (ONUSAT, se le nombra) no tiene en sus registros de la noche aciaga de Iguala algún fuego de grandes proporciones en el basurero de Cocula o en los alrededores de esa geografía, que reportó, en cambio, una pertinaz lluvia la noche del 26 y la madrugada del 27 de septiembre. ¿Qué autoridad guarda esa prueba de no-existencia de la cremación de 43 cuerpos de normalistas en el tiradero municipal?

–Gracias a las indagatorias del Grupo Interdisciplinario de Expertos Internacionales (GIEI), convocados y su presencia aceptada por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y el gobierno de México, se reveló ese dato, así como decenas de sitios de la geografía guerrerense que mostraban remoción reciente de tierra, donde habría qué escarbar para hallar cuerpos humanos enterrados de víctimas de la violencia. Aerofotogrametría celosa y rigurosamente reservada.

–Confesiones de sicarios de Guerreros Unidos y de sus aliados policías de Iguala y Cocula revelan que, antes de eliminar a hombres y mujeres “levantados”, solían tomar con teléfonos celulares fotografías de las víctimas antes, durante

y después de su asesinato, para probar a sus jefes que las órdenes habían sido cumplidas. ¿Por qué no tiene la PGR esas evidencias gráficas en el caso de los 43? Si en cambio dice que los supuestos ejecutores de los normalistas echaron al fuego sus propios celulares y los de los estudiantes, ¿cómo es que hay seguimiento de las llamadas de decenas de esos aparatos meses después de la noche del ataque masivo a los jóvenes de la Normal Rural de Ayotzinapa?

—¿Por qué nunca apareció en el expediente ministerial de la PGR un reporte escrito ni evidencias filmadas, fotografías o videograbaciones de la visita que hizo el director de la Agencia de Investigación Criminal, Tomás Zerón de Lucio, al río San Juan, el 28 de octubre de 2014, donde confesaron (bajo tortura, se dijo) tres presuntos delincuentes que allí habrían tirado bolsas de plástico con las cenizas y restos óseos triturados de los 43 normalistas, según la versión que avaló como “verdad histórica” el *cansado* ex procurador Jesús Murillo Karam? ¿Por qué la misteriosa y no reportada inspección ocurrió exactamente el día anterior a que fueran encontradas esas bolsas en el río, con restos de la dudosa “pira humana” de 43 cuerpos llevados desde el tiradero de Cocula? Ni expertos de la CIDH ni forenses argentinos fueron testigos cuando apareció un pequeño hueso que resultó ser

del normalista Alexander Mora Venancio, según la Universidad de Innsbruck, en Austria.

—¿Por qué solamente funcionaban 4 de 25 cámaras de seguridad de Iguala, que habrían podido ayudar a la búsqueda de la verdad? ¿Por qué se borró lo escasamente filmado de algunas de ellas y por qué una juez destruyó un casete de vigilancia pública, en vez de remitirlo para nuevos peritajes, porque según ella las imágenes estaban muy borrosas?

—En el teléfono móvil de Julio César Mondragón Fontes (7471493586, que unos días antes de la masacre le fue vendido por su compañero Jorge Luis González Parral, “Charra”, hoy desaparecido), aparecieron llamadas y mensajes de entrada y salida hasta abril de 2015, aunque siete meses antes Mondragón fue torturado, asesinado y su rostro desollado por manos expertas, en la madrugada del 27 de septiembre anterior. Quien se apropió el celular se comunicó desde dentro del Campo Militar Número uno en dos ocasiones y otras tantas desde las afueras del Centro de Investigaciones y Seguridad Nacional (CISEN). Las “sábanas” de Telcel, con el seguimiento de la actividad de un móvil, no mienten: son instantáneas del momento en que se activa cada celular, con coordenadas para su ubicación exacta. Así dieron peritos consultados por los periodistas Francisco Cruz, Félix Santana

Ángeles y Miguel Ángel Alvarado, con el sitio desde y hacia dónde se registró la actividad del móvil de Mondragón.¹

–¿Qué fotografía de la tragedia humana representan restos de 19 seres humanos hallados por el Equipo Forense de Expertos Argentinos dentro del basurero de Cocula, pero que no son de alguno de los normalistas? ¿Qué nos provoca que familiares auto-denominados “Los Otros Desaparecidos” tengan una lista de 400 casos de pérdida de familiares y hayan encontrado ya 130 cadáveres en fosas clandestinas en los alrededores de Iguala, que tampoco empatan con alguno de los 43 sustraídos forzosamente hace más de dos años?

–Entre unos 130 encarcelados sin sentencia, al menos 70 muestran golpes y torturas con un patrón sistemático, denunciaron los expertos del GIEI, al final retirados de México de mala manera por el gobierno, que ya no quería saber nada de ellos. Puestas en fila esas imágenes, ¿veríamos la huella de la fabricación de una verdad histórica sobre el destino de los 43?

–Gracias a las videocámaras de la Central de Autobuses de Iguala, los peritos internacionales se percataron de que, en vez del Estrella Roja 3278 que ellos solicitaron examinar (el famoso “quinto autobús”, muy probablemente cargado con heroína, cosa que ignoraban los normalistas cuando lo tomaron, el único entre seis que no fue atacado a balazos por policías y sicarios aquella fatídica noche en Iguala), había sido sustituido por otro y el corpulento chofer videofilmado no se correspondía con el enjuto conductor que autoridades y empresa presentaban como el que habría manejado la polémica unidad durante la masacre, persecución y desaparición masivas.

–Hay que felicitar a Francisco Mata Rosas y todos quienes hicieron posible esta exposición de imágenes que sí dicen, que sí interpelan y generan búsqueda de la justicia, instantáneas en libertad en contra de tomas que no aparecen, agazapadas, lejos del arte, cerca de lo sórdido delincuencial, porque no pasarían la mínima prueba del escrutinio público.

1 “La Guerra que nos ocultan”, editorial Planeta, páginas 352 a 362.

43: UNA SITUACIÓN POLÍTICA

Felipe Victoriano

Todas las técnicas para liberarse de una potencia han sido siempre prácticas de desaparición.
Paul Virilio, *Estética de la desaparición*.

1.

En un seminario dictado en Buenos Aires el año 2003¹, el filósofo Alain Badiou definió lo que, en los términos de su discurso, podíamos denominar una “situación filosófica”; en el entendido, claro está, de que no toda situación concierne a la filosofía ni cualquier discurso filosófico constituye o configura una situación. Habría una excepcionalidad irreductible en eso que Badiou llamaba “situación”: la emergencia de un contexto singular, un lugar o un “sitio” en el que la filosofía es interpelada por una trama que interrumpe su plenitud de sentido. Decía en aquella oportunidad que “una situación es filosófica [...] cuando impone la existencia de una relación entre términos que, en general, o para la opinión establecida, no pueden tener relación. Una situación filosófica es un encuentro. Un encuentro entre dos términos esencialmente extraños, uno respecto del otro.”²

Badiou puso un ejemplo ejemplar –bello en tanto retórico, trágico en cuanto místico– en donde esta excepcionalidad de la situación adquiere su *tropos* filosófico. Se trataba de la muerte de Arquímedes a manos de un soldado romano luego de la ocupación de Sicilia. El soldado es un mensajero del general

1 “Circunstancias y filosofía.” Filosofía del presente. Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2005.

2 *Ibid.*, p. 9

Marcellus que quiere conocer al matemático griego, por el cual siente una gran curiosidad. Arquímedes está en la playa, trazando figuras en la arena en busca de una demostración. “El general Marcellus quiere verte” le grita el soldado, y Arquímedes permanece en silencio. El romano insiste, pero el matemático se encuentra absorto en sus figuraciones, ajeno a la autoridad del Imperio. Ante la indiferencia total, el soldado romano alza su espada y lo hiere mortalmente.

Para Badiou, en esta imagen se proyectaría una situación de la que la filosofía no puede sustraerse, y que consiste en una relación negativa entre el “derecho del Estado” (la violencia de inscripción de la ley) y el “pensamiento creador” (la potencia autoafirmativa de la verdad). El encuentro inaudito, la relación sin relación, entre la violencia de captura del poder y la libertad absoluta del pensamiento. “Digamos –decía Badiou en aquellos años– que entre el poder y las verdades hay una distancia: la distancia entre Marcellus y Arquímedes. Distancia que el mensajero, un soldado sin duda obtuso pero disciplinado, no llega a franquear. Esta vez la misión de la filosofía es iluminar esa distancia. Debe reflexionar y pensar una distancia sin medida, o una distancia cuya medida debe ser inventada por la filosofía misma.”³

Me interesaba partir con la idea de “situación filosófica” porque, creo, es posible –en los términos en que Badiou lo hace, en el sentido de que resulta hoy necesario, más que nunca, “iluminar la distancia” entre el poder y la verdad– proponer una cierta torsión nominal, e intentar pensar en el pleo de las circunstancias contemporáneas lo que podríamos llamar una “situación política”. Pensar una lógica que pueda articular esa “distancia sin medida” que trama las relaciones de fuerza entre el orden político vigente y aquellas subjetividades que deben ser excluidas de éste para mantener la fuerza de dicha vigencia. Por ejemplo, proponer la hipótesis de que lo que ocurre actualmente en México, lo que le pasa a México, lo que le ha venido pasando estos últimos dos años y que no cesa, es precisamente una situación política. Un encuentro excepcional entre dos fuerzas que, no estando en el mismo plano de sentido, en el mismo soporte de verosimilitud, se encuentran sin embargo implicadas, proyectadas al interior de una situación, en torno a la cual el pensamiento político debe pronunciarse.

2.

La desaparición forzada de 43 estudiantes rurales a manos de agentes estatales y paraestatales el día 26 de septiembre del 2014, abre una situación política cuya excepcionalidad debiera ser trazada. Una situación en la que resulta posible “iluminar” el límite interior a través del cual se organiza el reparto de las representaciones con la que ciertos actores participan públicamente de la trama de opiniones y discursos, proyectando de modo negativo, dialéctico si se quiere, un plano de exclusiones inconmensurables. Aquí, una situación política sería el acontecimiento a través del cual emerge una relación conflictiva, antagónica, entre una subjetividad que reclama su incorporación a la lógica política desde un lugar no pre-visto, inubicable, excepcional, y el conjunto de operaciones que regulan los flujos de sentido en el espacio político concreto. En este sentido, un pensamiento político sobre una situación no es sino el intento de pensar una relación que no es una relación para el consenso de opiniones autorizadas; una relación que es más bien una distancia inconfesable para el poder, puesto que en ella se deja ver aquel exceso constitutivo que éste debe des-contar para mantener bajo control las dinámicas de fuerza que lo constituyen. Entonces, lo que esta situación política produce es la emergencia de elementos que, estando presentes en la situación, se encuentran “incontados” por ella.

Ahora bien, ¿en qué consiste esta excepción? Se trata, en primer lugar, de una excepcionalidad que no cesa, que no

concluye en los términos formales en los que usualmente es resuelto un “crimen político” que ha dañado la coherencia del sistema institucional, ya sea en el orden jurídico o de las llamadas verdades históricas. Preguntémonos ¿cuánto dura una desaparición? ¿Cuánto debiera durar para el Estado, cuánto para un padre? ¿Sobre qué experiencia política o cultural (o científica) una entidad administrativa puede declarar el inicio del luto de una comunidad? ¿En torno a que fundamento el poder político puede enunciar (por decreto, es decir, legalizar) la muerte de alguien que se encuentra desaparecido, que no puede ser presentado bajo ninguna condición que no sea su pura presencia testimonial? Ahora bien, ¿qué significa hacer justicia cuando se trata de un desaparecido? ¿Qué repara o distribuye una justicia cuando la desaparición no concluye sino a condición de aceptar una racionalidad compensatoria?

Habría aquí, en la deriva abismal de estas interrogaciones, una situación política: un encuentro fallido, un desplazamiento de dos operaciones que se cruzan en sentidos opuestos, pero que sin embargo mantienen una tensión esencial en la estructura del sistema político. Por un lado, un conjunto de operaciones institucionales que intentan inscribir jurídicamente la relación de fuerzas que el poder político despliega para asegurar el control social; por otro, una subjetividad emergente, demandante, una especie de articulación colectiva que ha venido brotando de la comunidad y ha

logrado constituirse sobre el reclamo de una verdad que no puede ser procesada por la estructura institucional. El asunto tiene que ver con lo que realmente significa “desaparecer” para una comunidad política que vive con indignación esta violencia unilateral que tuvo por objeto al cuerpo social mismo. En esta relación, que estrictamente no es una relación (pues no hay reciprocidad, más bien indiferencia), se produce, se ilumina un momento de excepción que abre una distancia inconmensurable en el corazón mismo del orden político.

3.

Hay fuerzas destructivas que no sólo imaginan la extinción total del otro, en la escena de la muerte, en la derrota o en el sometimiento, sino que también imaginan la desaparición de la desaparición, que no es sólo borrar la estela del crimen, sino que al crimen mismo. En efecto, la desaparición forzada de los 43 estudiantes no sólo operó sustrayendo al cuerpo, arrebatándolo del mundo y, con ello, todo lo que este cuerpo conserva de la singularidad de la víctima, también secuestra sus registros políticos, sus inscripciones civiles, incinerando su biografía, reprimiendo la memoria de los suyos. El desaparecido no sólo es el insepulto, objeto de una violencia brutal que no dejó restos, acaso cenizas sobre las que construir

el sepulcro; también es a quien se le ha privado de morir, en el sentido de inscribir, de registrar la certeza de su partida en la memoria de sus familias. Aquí, la posibilidad de la muerte siempre se encuentra asediada por esa suerte de “ser y no estar” en el que ha quedado detenida la existencia, por lo que el duelo ante la pérdida resulta un trabajo inabordable.

Pero a propósito de esta radicalidad, precisamente bajo el influjo de esta violencia exterminadora, el desaparecido también es quien nunca desaparece. Es la marca paradójica de su ausencia la que lo retiene en el mundo en el que sin embargo no está. Los jóvenes desaparecidos de Ayotzinapa aparecen, se vuelven visibles, ingresan al juego de las significaciones políticas bajo el signo de su propia desaparición. Esta paradoja, este corto circuito interrumpe la coherencia simbólica en la que opera el orden político efectivo. De allí que la emergencia de este exceso sea un peligro para la estructura de cuenta que regula la consistencia de las multiplicidades presentes en un orden institucional, pues resultan indiscernibles para cualquier aparato de captura.

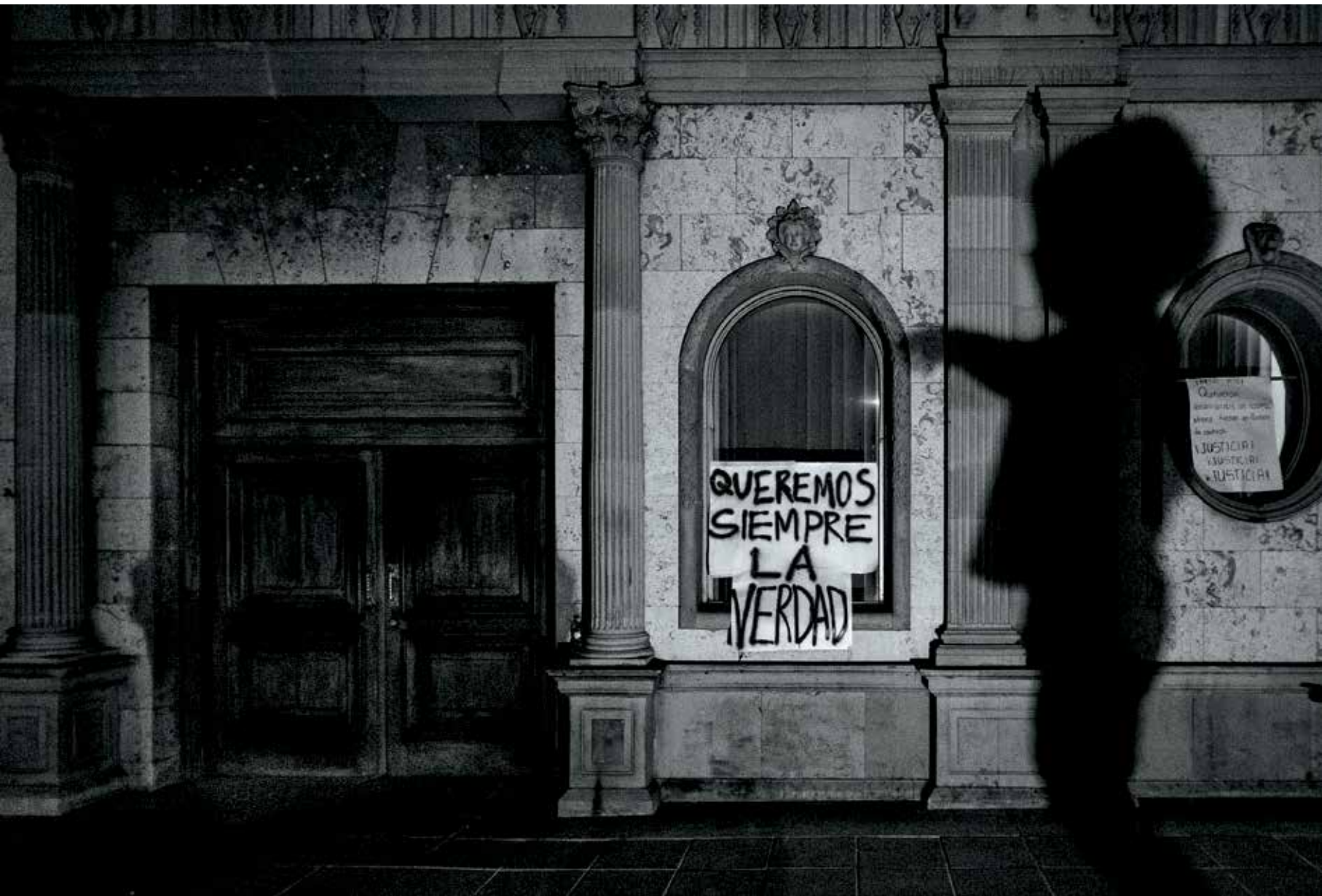
El acontecimiento que abre una situación política es aquel que hace advenir lo invisible al campo de visibilidad, más allá del régimen que autoriza la inclusión del conjunto de elementos que estaban presentes en la situación. Esto quiere decir que en el momento mismo en que ocurre la catástrofe, cuando “toma lugar” la fuerza destinada a exterminar al otro, algo resiste su desaparición; algo que no

está dentro ni fuera de esta fuerza inaudita, ni en la superficie viva en torno a la que se precipita. Esta resistencia es la huella misma del desaparecido, la cual no acontece, no se marca, sino borrándose. Lo "excrecente" mismo, lo precario, lo que siempre está "al borde del vacío": el excluido radical que, según Badiou, no sería sino "el nombre de lo que no tiene nombre."⁴ De ahí que sea la cifra, la deixis que realiza la señal numérica, 43, la que perdura con mayor fuerza a la hora de preservar una diferencia irreductible ante lo incontestable. Pero la cifra es, también, lo que no cesa de irse, lo que nunca está a salvo, amenazada desde ya por la ausencia a la que representa: acaso permaneciendo entre nosotros bajo el sello de su propia desaparición.

4 Alain Badiou, *Circunstancias*, Libros del Zorzal, 2004, p. 74.











JHOSIVANI
GUERRERO
DE LA CRUZ



JESÚS JOVANY
RODRÍGUEZ
TLATEMPA



GIOVANNI
GALINDES
GUERRERO



EVERARDO
RODRÍGUEZ
BELLO



EMILIANO
ALEN GASPAR
DE LA CRUZ



DORIAN
GONZÁLEZ





























Guide books

43 MEXICAN STUDENTS
DISAPPEARED
BY THE STATE

43 MEXICAN STUDENTS
DISAPPEARED
BY THE STATE

43 MEXICAN STUDENTS
DISAPPEARED
BY THE STATE

43 MEXICAN STUDENTS
DISAPPEARED
BY THE STATE

43 MEXICAN STUDENTS
DISAPPEARED
BY THE STATE

















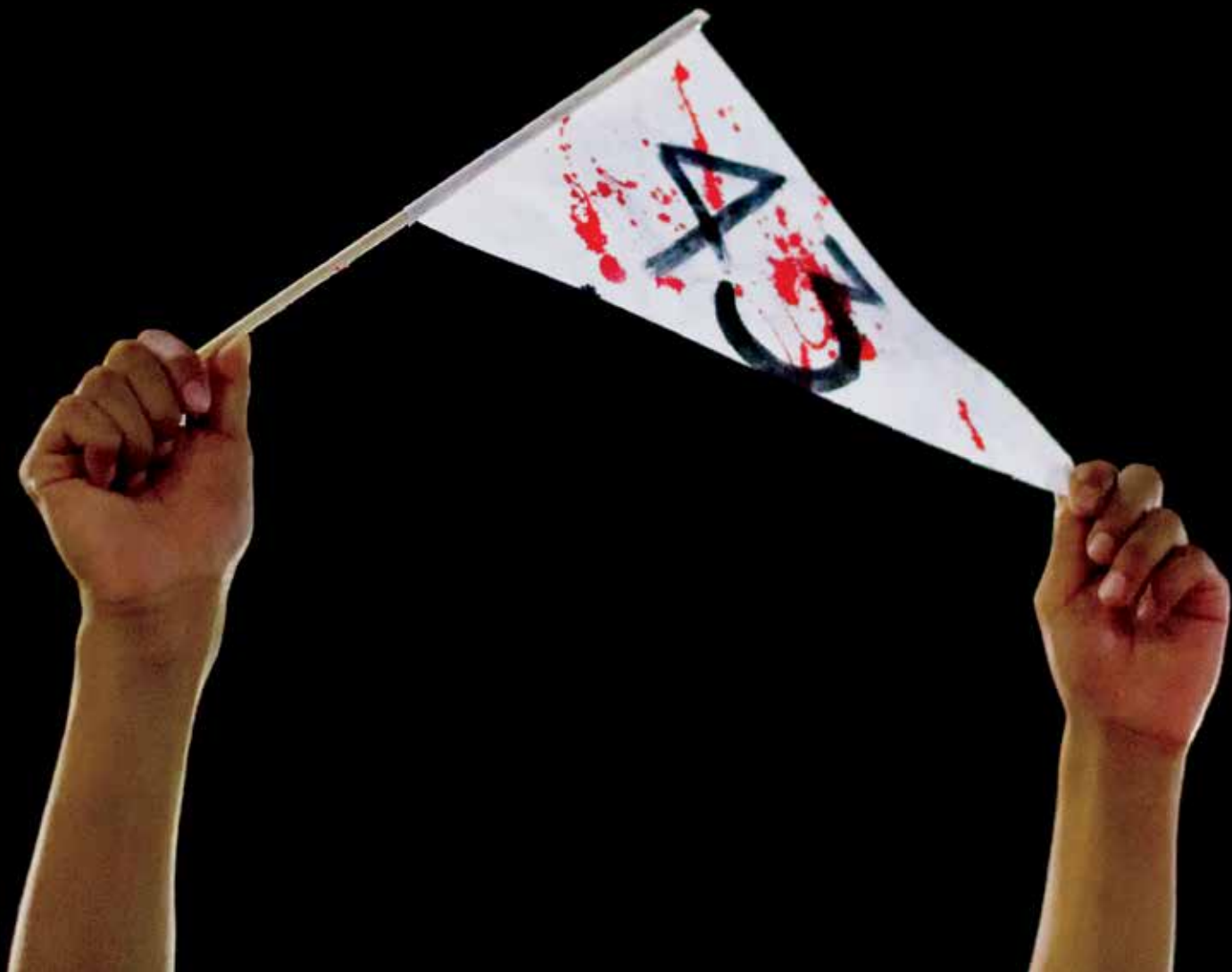
NI

43

NI

68









43

ÍNDICE FOTOGRÁFICO

Aketzalli Pérez López | 7
Alberto Pichardo Cerón | 50, 51, 54, 63, 64, 120, 124, 125
Alejandro Moreno Alanis | 17
Alejandro Pérez | 66, 67
Ana Valentina López DeCea | 128, 129
Ana York | 8, 19
Arcelia Guadalupe Pazos Romo | 18
Arlette Ramos | 20, 68
Camila Mata Lara | 73, 80, 115
Carlos Ayala | 70, 71
Carlos Rosas | 1, 52, 53, 130, 131
Carlos Villaseca Pérez | 31
Colectivas de rosario con Ayotzinapa | 126, 127
Dánae Kótsiras | 2, 3
Edgar Lima Garrido | 69, 134
Edgar Salazar Granados | 21

Eduardo Banda Olivares | 72
Enrike Suárez Chelius | 135
Eric Lugo | 72, 74, 75, 76, 88, 117
Eridani Palestino | 25, 77
Ernesto Ramírez | 79, 119
Ernesto Zamorano | 28
Franco Trovato Fuoco | 116
Gabriel Ramos Santiago | 118, 121
Haydée Morales | 29, 78
Hugo Arellanes Antonio | 37, 81, 83
Iván Alberto Hernández Cortés | 82
Jesús Almazán Rodríguez | 26
Jorge A. Ramos Carrillo | 84
José González | 87
Jose Luis Salgado Razo | 86
Juan Espinosa Torres | 22, 30, 136

Kika Sánchez | 89
Luis Ariza | 27
Luis Luján | 91
Luis Ordoñez Morales | 90
Mario Domínguez | 85, 92, 93, 94, 111
Matías Sarlo | 113, 122
Mijael Jiménez | 23, 112, 114, 119, 123
Pablo Inclán | 32, 33
Paulina García Hubard | 34, 35, 36, 38, 39, 40, 132, 133
Ricardo Maldonado Garduño | 42, 43, 44, 45
Rodrigo Jardón | 4, 5
Sandra Mandujano | 24, 46, 48
Shery Romina Solía Falcony | 6
Tonatiuh Cabello Morán | 49

ÍNDICE TEXTOS

LA NOCHE DE IGUALA

Eduardo Peñalosa Castro | 11

43

Francisco Mata Rosas | 13

EL NIÑO Y LA RESORTERA

Enrique G. Gallegos | 15

AYOTZINAPA ENTRE EL MIEDO Y LA ESPERANZA

Víctor Hugo Pacheco Chávez | 49

LA INDIGNACIÓN CONTRA EL OLVIDO

Elixabete Ansa Goicoechea | 53

AYOTZINAPA: ROSTROS SIN CUERPO

Ángel Octavo Álvarez Solís | 89

EL AVE DE AYOTZINAPA

Oscar Ariel Cabezas | 92

IMAGEN Y PALABRAS, AUSENCIAS Y EVIDENCIAS

José Reveles | 96

43: UNA SITUACIÓN POLÍTICA

Felipe Victoriano | 99

Se terminó de imprimir en diciembre de 2016. En los talleres de Offset Santiago. Av. Río San Joaquín 436, Miguel Hidalgo, Granada, 11520, Ciudad de México. Para su formación se utilizó la familia tipográfica Corbel.

ISBN-13: 978-607-280-941-3



9 786072 809413